

## CONCLUSION

Si ahora examinamos las enseñanzas que pueden sacarse del análisis de la sociedad moderna y las relaciones con el conjunto de los datos relativos a la importancia de la ayuda recíproca de la evolución del mundo animal y de la humanidad, podremos resumir nuestra investigación de la siguiente manera:

Hemos visto que en el mundo animal la gran mayoría de las especies animales viven en sociedad y que en la asociación hallan su mejor arma para la «lucha por la vida», comprendida ésta, bien entendido, en el sentido amplio de Darwin, no como una lucha por los simples medios de existencia, sino como una lucha contra todas las condiciones naturales desfavorables a la especie. Las especies animales en las cuales la lucha individual ha sido reducida a sus límites más estrechos, y en que el hábito de la ayuda recíproca ha adquirido el desarrollo más grande, son invariablemente las más numerosas, las más prósperas y las más abiertas al progreso. Obtenida de este modo la protección mutua, la posibilidad de llegar a una edad avanzada y de acumular experiencia, un estado intelectual más avanzado y el desarrollo de hábitos cada vez más sociales, aseguran la conservación de la especie, su extensión y su evolución progresiva. Las especies que no son sociables están, al contrario, condenadas a perecer.

Pasando al hombre, hémosle visto viviendo en clanes y en tribus en los mismísimos albores de la edad de piedra; hemos señalado un gran número de instituciones sociales durante el estado salvaje primitivo, en el clan y en la tri-

bu, y hemos comprobado que las costumbres y los hábitos sociales más antiguos, nacidos en el seno de la tribu, dieron a la humanidad el embrión de todas las instituciones que más tarde determinaron las líneas principales del progreso. De la tribu salvaje se fué desarrollando el municipio rural de los bárbaros, y desde entonces se formó un nuevo ciclo, más amplio que el precedente, de hábitos y de instituciones sociales, tomando por base la posesión en común de un territorio dado y su defensa en común bajo la jurisdicción de la asamblea del lugar y teniendo por medio la federación de los lugares que pertenecían a una misma fuente o se suponía tal. Y cuando nuevas necesidades empujaban a los hombres a dar un nuevo paso progresivo, diéronlo constituyendo las ciudades, que representaban una doble red de unidades territoriales (Comunes rurales) combinadas con las guildas, éstas creadas para ejercer en común un arte o una industria cualquiera o bien para el auxilio y la defensa común.

En fin, en los dos últimos capítulos se han mencionado hechos para demostrar que, por mucho que el desarrollo del Estado modelado en la Roma imperial haya puesto violentamente fin a todas las instituciones de apoyo mutuo de la Edad Media, este nuevo aspecto de la civilización no ha podido durar. Basado el Estado sobre vagas agregaciones de individuos y queriendo ser su único lazo de unión, no llenó su objeto. Entonces la tendencia al apoyo mutuo rompió las leyes de bronce del Estado; reapareció y se afirmó de nuevo con una infinidad de asociaciones que tienden actualmente a englobar todas las manifestaciones de la vida social y a tomar posesión de todo lo que el hombre necesita para vivir y para reparar las pérdidas causadas por la vida.

Probablemente se nos objetará que el apoyo mutuo, aun siendo uno de los factores de la evolución, no representa, sin embargo, más que un solo aspecto de las relaciones humanas; que al lado de esta corriente, por poderosa que sea, existe y ha existido otra corriente, la de afirmación del «yo» del individuo. Y esta afirmación se manifiesta no tan sólo en los esfuerzos del individuo para alcanzar una superioridad personal o una superioridad

dad de casta, económica, política o espiritual, sino también en una función mucho más importante aunque menos evidente: la de romper los lazos, siempre expuestos a inmovilizarse demasiado, que la tribu, el municipio rural, la ciudad y el Estado imponen al individuo. En otros términos: existe la afirmación del «yo» individual considerada como un elemento de progreso.

Es evidente que ninguna exposición de la evolución podrá ser completa si no se tienen en cuenta estas dos corrientes dominantes. Pero la afirmación del individuo o de un grupo de individuos, sus luchas por la superioridad y los conflictos resultantes han sido ya analizados, descritos y glorificados desde tiempos inmemoriales. A decir verdad, hasta el presente únicamente esta corriente ha llamado la atención del poeta épico, del anarquista, del historiador y del sociólogo. La historia, tal como se ha escrito hasta el presente, no es más, por decirlo así, que una descripción de los caminos y medios por los cuales la teocracia, el poder militar, la autocracia, y más tarde la plutocracia, se han formado, establecido y mantenido. Las luchas entre estas diferentes fuerzas forman la esencia misma de la historia. Podemos, por consiguiente, admitir que es ya conocido el factor individual en la historia de la humanidad, aunque no deje de ser un vasto campo de nuevos estudios sobre este tema, considerado desde el punto de vista que acaba de ser indicado. En cambio, el factor apoyo mutuo no ha merecido hasta el presente ninguna atención. Los escritores de la actual generación y de la pasada lo niegan pura y simplemente y hasta se burlan si a mano viene. Era, por lo tanto, necesario demostrar el papel importante que este factor representa en la evolución del mundo animal y en la de las sociedades humanas. Cuando esto esté plenamente reconocido, entonces será posible proceder a una comparación entre los dos factores.

Intentar una evolución, ni siquiera aproximada, de su importancia relativa, por medio de algún método estadístico, sería evidentemente imposible. Una sola guerra—es cosa sabida de todo el mundo—puede producir más daño inmediato y lejano que centenares de años de

acción ininterrumpida del principio del apoyo mutuo los producirá de bien. Pero cuando vemos que en el mundo animal el desarrollo progresivo y la ayuda recíproca van de braceté, mientras que la lucha en el interior de la especie corresponde muy a menudo a períodos de regresión; cuando observamos que en el hombre, hasta en la lucha y la guerra, el éxito es proporcional al desarrollo del apoyo mutuo en cada una de las naciones, ciudades, partidos o tribus que entran en conflicto, y que en el curso de la evolución la misma guerra estuvo, hasta cierto punto, al servicio del progreso del apoyo mutuo en el seno de las naciones, de las ciudades o de los clanes, entrevemos ya la influencia dominante del factor apoyo mutuo como elemento de progreso. Vemos, además, que la práctica del apoyo mutuo y sus desarrollos sucesivos han creado las condiciones mismas de la vida social, en la cual el hombre ha podido desarrollar sus artes, sus conocimientos y su inteligencia, y que los períodos en que las instituciones basadas en las tendencias de apoyo mutuo adquirieron su mayor desarrollo son precisamente los períodos de los más grandes progresos en artes, industrias y ciencias. El estudio de la vida interior de la ciudad en la Edad Media y de las antiguas ciudades griegas nos enseña, efectivamente, que el apoyo mutuo, tal como fué practicado en la guilda y en el clan griego, combinado con la amplia iniciativa dejada al individuo y a los grupos con la aplicación del principio federativo, dió a la humanidad las dos épocas más grandes de su historia: la de las antiguas ciudades griegas y de las ciudades de la Edad Media. En cambio, la ruina de las instituciones de apoyo mutuo durante los períodos siguientes de la historia, cuando el Estado estableció su dominio, corresponde en ambos casos a una decadencia rápida.

Respecto al repentino progreso industrial que se ha producido durante nuestro siglo, y que generalmente se atribuye al triunfo del individualismo y de la competencia, tiene un origen mucho más profundo. Los grandes descubrimientos del siglo XV, particularmente el de la presión atmosférica, así como una serie de otros descubrimientos en física y en astronomía, efectuáronse du-

rante el régimen de la ciudad medioeval. Una vez efectuados estos descubrimientos debían necesariamente seguirles los de la invención del vapor y toda la revolución que implicaba la conquista de esta nueva fuerza motriz. Si las ciudades de la Edad Media hubieran durado lo bastante para llevar estos descubrimientos hasta este punto, las consecuencias éticas de la revolución efectuada por el vapor hubieran podido ser diferentes, pero la misma revolución de la industria y en las ciencias se habría efectuado inevitablemente. Hasta puede uno preguntarse si la decadencia general de las industrias que siguió a la ruina de las ciudades libres, y que fué tan grande en la primera parte del siglo XVIII, no retardó tal vez considerablemente la aparición de la máquina a vapor, así como la revolución industrial que fué su consecuencia. Cuando consideramos la sorprendente rapidez del progreso industrial desde el XII al XV siglo—en el tejido de las telas, en el trabajo de los metales, en la arquitectura y en la navegación—y cuando pensamos en los descubrimientos científicos a que condujo este progreso industrial a fines del siglo XV, como de la mano vémonos llevados a preguntarnos si la humanidad no se retrasó en la posesión de todas las ventajas de estas conquistas a causa de la depresión general de las artes y de las industrias en Europa que siguió a la decadencia de las ciudades medioevales. La desaparición del obrero artista, la ruina de las grandes ciudades y el cese de sus relaciones, ciertamente no podía favorecer la revolución industrial. Y efectivamente, sabemos que James Watt perdió veinte o más años de su vida haciendo utilizable su invento porque en el siglo XVIII no podía hallar lo que fácilmente hubiera encontrado en la Florencia o la Bruges de la Edad Media: artesanos capaces de comprender sus indicaciones, de ejecutarlas en metal y darles el retoque artístico y la acabada precisión que existe la máquina a vapor.

Atribuir el progreso industrial de nuestro siglo a esta lucha de cada uno contra todos que se viene proclamando, es razonar como un hombre que desconociendo las causas de la lluvia la atribuye a la víctima que ha inmolado ante su ídolo de barro. Para el progreso in-

dustrial, como para cualquiera otra conquista sobre la Naturaleza, el apoyo mutuo y las buenas relaciones entre los hombres son ciertamente, como han sido siempre, mucho más ventajosos que la lucha recíproca.

En el dominio de la ética es donde resplandece más la importancia dominante del principio de ayuda recíproca. Que el apoyo mutuo es el verdadero fundamento de nuestras concepciones éticas, parécenos suficientemente demostrado. Sean cuales fueren nuestras opiniones sobre el origen primero del sentimiento o del instinto del apoyo mutuo, que se le asigne una causa biológica o una causa sobrenatural, forzoso es reconocer su existencia hasta en los peldaños más bajos del mundo animal, y desde este punto podemos seguir la evolución sin interrupción, a pesar de la oposición de gran número de fuerzas contrarias, a través de todos los grados del desarrollo humano, hasta la época actual. Hasta las nuevas religiones que aparecieron intervaladas—y siempre en épocas en que decaía el principio de apoyo mutuo, en las teocracias y en los Estados despóticos del Oriente o cuando declinaba el imperio romano,—hasta las nuevas religiones, repito, no hicieron más que afirmar de nuevo este principio. Hallaron sus primeros partidarios entre los humildes, en las capas más bajas y más oprimidas de la sociedad, allí donde el principio del apoyo mutuo era el fundamento necesario de la vida diaria, y las nuevas formas de unión que se introdujeron en las comunidades primitivas de los budhistas y de los cristianos, en las cofradías moravas, etc., tomaron el carácter de un retorno a las mejores formas de apoyo mutuo en la vida de la tribu primitiva.

Pero cada vez que se intentó un retorno hacia este viejo principio, la idea fundamental se fué ensanchando. Del clan, el apoyo mutuo se extendió a las tribus, a la federación de tribus, a la nación, y, en fin—por lo menos como ideal,—a la humanidad entera. Al mismo tiempo, el principio se iba perfeccionando. En el budismo primitivo, en los primeros cristianos, en los escritos de algunos de los doctores musulmanes, en los primeros tiempos de la Reforma, y particularmente en las ten-

dencias morales y filosóficas del siglo XVIII y de nuestra propia época, se afirma cada vez más vigorosamente el completo abandono de la idea de venganza o de «justa retribución»—de bien por bien y mal por mal.—La concepción más elevada que nos dice «nada de venganza por las injurias» y que nos aconseja dar a nuestros vecinos más de lo que de ellos se espera, es una concepción que se proclama como verdadero principio de la moral, principio superior a la simple noción de equivalencia, de equidad o de justicia, conducente a una mayor felicidad. De este modo se hace un llamamiento al hombre para que se guíe, no únicamente por el amor, que siempre es personal o que todo lo más se hace extensivo a la tribu, sino por la consciencia de que forma un solo ser con todos los demás seres humanos. En la práctica del mutuo apoyo, que se remonta a los más lejanos comienzos de la evolución, hallamos de este modo la fuente positiva y cierta de nuestras concepciones éticas, y desde luego podemos afirmar que, para el progreso moral del hombre, el apoyo mutuo fué el gran factor por excelencia y no la lucha. Y presentemente aún, en una extensión más amplia del apoyo mutuo, es donde vemos la mejor garantía de una más elevada evolución de nuestra especie.

## APENDICES

### X

#### EL ORIGEN DE LAS GUILDAS

El nacimiento de las guildas ha dado materia para muchas discusiones. Ninguna duda ofrece la existencia de las guildas de oficios, o «colegios» de artesanos, en la Roma antigua. En efecto, se ve en un pasaje de Plu-

tarco que Numa los reglamentó. «Dividió el pueblo—dice—en cuerpos de oficios... ordenándoles tuvieran cofradías, hicieran fiestas y tuvieran reuniones e indicando el culto que debían celebrar ante los dioses, según la dignidad de cada oficio.» De todos modos, es casi cierto que no fué el rey romano quien inventó o instituyó los «colegios de oficios». Habían éstos existido ya en la Grecia antigua. Lo más probable es que no hizo más que someterlos a la legislación real, lo mismo que Felipe le Bel, quince siglos más tarde, sometió los oficios de Francia, en detrimento de éstos, a la vigilancia y a la legislación reales. Asimismo se dice que uno de los sucesores de Numa, Servius Tullius, promulgó ciertas leyes concerniendo a los colegios.

Es, por consiguiente, muy natural que los historiadores se hayan preguntado si las guildas, que tan gran desarrollo tomaron en el siglo XII y hasta en los siglos X y XI, no serían tal vez un renacimiento de los antiguos «colegios» romanos, y con mayor motivo por cuanto estos últimos correspondían en todo a la guilda de la Edad Media. Se sabe, en efecto, que en la Galia meridional hubo corporaciones calcadas en el modelo romano hasta el siglo V. Además una inscripción hallada en unas excavaciones efectuadas en París demuestra que una corporación de *navice* existió ya en tiempos de Tiberio, y en una Carta otorgada a los «mercaderes de agua de París en 1170 menciónanse sus derechos como existentes *ab antiquo* (autor citado, pág. 51). No tendría, por tanto, nada de extraordinario que se mantuvieran las corporaciones de la Edad Media en Francia después de las invasiones bárbaras.

No obstante, no se puede sostener que las corporaciones holandesas, las guildas normandas, los *artels* rusos, los *amkari* georgianos, etc., tengan forzosamente asimismo un origen romano o bizantino. Verdad que las relaciones entre los normandos y la capital del imperio romano de Oriente eran activas, y los eslavones (como han demostrado los historiadores rusos y particularmente Rambaud) tomaban viva parte en ellas. Los